

Aproximadamente en el año 200, el reino seléucida de Antioquía adquirió señalada superioridad sobre el tolemaico. Esta revolución fue la consecuencia del advenimiento al trono de un soberano muy notable, Antíoco III, al que se llamó con razón el Grande, y el cual parecía tener algo del genio de Alejandro. Al reino de Antioquía le faltaba la posesión de Celesiria, Fenicia y Palestina. La brillante campaña del 218 dio estos países a Antíoco, pero el resultado fue efímero. Al año siguiente, la batalla de Rafia devolvió Palestina a Egipto para quince años. En 202 la reconquistó Antíoco de manera más efectiva. La batalla de Paneas (198) puede ser considerada la fecha aproximada del paso de los países judíos (o sometidos a la influencia judía) del dominio tolemaico, muy tolerante, al seléucida, mucho más exclusivo. En 193 volvió Palestina a Egipto, como dote de la hija de Antíoco, pero ya estaba echada la suerte: Jerusalén recibirá, durante medio siglo, de las orillas del Orontes las sacudidas eléctricas que la librarán del entorpecimiento y decuplicarán su vida.

A lo largo de este período, la situación de las poblaciones de Palestina, pisoteadas por los beligerantes, alternativamente derrotados y victoriosos, fue horrible. La guerra se hacía esencialmente para obtener esclavos, que se vendían a buen precio a orillas del Mediterráneo. La desmoralización era muy grande: casi se había perdido la fidelidad. Los tácticos fueron un momento amos del mundo. No había jefe de mediana importancia que, al creerse un poco más hábil y disponer de unos cuantos mercenarios, no aspirase a conseguir un reino. En el fondo, todo esto se parecía a la situación del mundo en el siglo V, cuando los bárbaros se repartían la Europa occidental, sin atender a los deseos de los pobladores. La campaña de 202 fue desastrosa para los habitantes de Celesiria y Judea. Scopas, general egipcio, había dejado fuerte guarnición en la ciudadela de Jerusalén. Los sirios la sitiaron y la lucha fue terrible. El partido conservador y ortodoxo permaneció, al parecer, fiel a los lágidas, pero la gente baja se pasó al partido de Antíoco y le ayudaron a echar a Scopas.

Se cree que Antíoco, para recompensarlos, llenó de favores a los judíos, embelleció el templo, agrandó los pórticos, y concedió a los sacerdotes lo que más deseaban: la sanción del Estado para sus prescripciones legales. La ciudad estaba casi abandonada. Antíoco organizó su repoblación y mandó que se pusiera en libertad a los cautivos.

Si hiciéramos caso de documentos muy sospechosos, diríamos que la confianza de Antíoco el Grande en los judíos todavía fue mayor. Dudoso de la adhesión de las poblaciones de Sidia y Frigia, mandó llevar a estos países, desde Babilonia y Mesopotamia, dos mil familias judías para formar un núcleo de habitantes laboriosos y fieles. Todo ello resulta muy dudoso, pero ciertamente los judíos conservaron buen recuerdo de Antíoco el Grande.

Si su labor hubiese perdurado, si en Siria se hubiese formado, con Antioquía por capital, un imperio tan sólido como luego lo fue el otomano, habrían cambiado los destinos religiosos de la humanidad. Pero se preparaba un hecho capital. En los últimos años del reinado de Antíoco el

Grande, parecen enloquecerse todas las brújulas de Oriente. Una fuerza nueva empieza a intervenir en el mundo. Orgullosa Roma de haber vencido definitivamente a Cartago, no quiere que sin su permiso suceda nada en los países ribereños del Mediterráneo. Le están sometidos virtualmente todos los reinos y confederaciones griegos. Herida de muerte queda la democracia antigua, hija del helenismo, y aniquilada la obra política de Alejandro. El liberalismo griego, al que han perdido sus faltas, va a desaparecer durante dos mil años.

Grecia había creado la dignidad del hombre y la libertad, pero carecía de disciplina en todas sus creaciones. Las repúblicas antiguas no supieron hallar el medio de salir de su incurable anarquía. La jactancia, el aturdimiento, las majaderías del político superficial, tuvieron en tales sociedades demasiadas ventajas sobre lo serio, el buen sentido y la conciencia. Además, el griego, muy caballeroso siempre con su patria, se había manifestado al exterior en la forma del guerrero macedonio, con frecuencia cruel. Sus soldados eran como los de la Revolución Francesa: simpáticos desde lejos a los extranjeros, pero que al presentarse molestaban a sus mejores amigos.

Hasta entonces nada había existido semejante a la fuerza manifestada por Roma al mundo asombrado. No era grande su ostentación militar; lo terrible era su resolución, su obstinación, la energía que se notaban detrás de aquellas legiones y de aquellos embajadores representantes de una voluntad irresistible. El Senado era un dios lejano y oculto, cuyos decretos se cumplían con la inflexibilidad del destino. La sangre fría de la aristocracia y la abnegación del pueblo fueron admirables. Jamás se vio menos filosofía y menos virtud, es decir, más resignación ante la desigualdad. Ni una vez se preguntan los héroes de las legiones por qué se les llevaba al fin del mundo. El patricio que guía a las legiones es el hombre menos amable del mundo; es un conservador hosco, malo y duro, que robará cuanto pueda. No importa: cumple la obra de Dios. Si hubiera habido profetas en aquellos tiempos oscuros, sin lugar a dudas los que llamaron a Nabucodonosor ministro de Dios, habrían dado el mismo título a las águilas que aparecían por todos lados, como el rayo, cumpliendo sus órdenes.

En muchos aspectos llevaban, en efecto, las legiones consigo ignorándolo, la verdadera voluntad de Jehová, que es el progreso. En Oriente las razas indígenas estaban cansadas de las dinastías macedónicas. La enorme coalición a cuyo frente estaba Antíoco no tenía nada de nacional. Los griegos y sirios no se habían solidificado en una sola nación, como galos y francos, bajo la autoridad del rey de Francia. La oposición enérgica que encontró Escipión fue más la obra de las milicias que del paisanaje. Éste se aprovechó en general de la preponderancia romana. Pequeños reinos, como el que se iba a formar pronto en Judea, no habrían sido posibles si no se hubiera amenazado a la monarquía de Antíoco. Lo mismo ocurría en las innumerables ciudades libres de Siria cuyas eras empiezan sobre 125, es decir, en la época de la gran decadencia seléucida. Además, el debilitamiento político del helenismo no implicó una disminución de su influencia civilizadora. La difusión de las costumbres, de las modas y de la lengua griega no disminuyó durante el

siglo II antes de Jesucristo. El año 100, casi desaparece el fenicio, y el griego se le sobrepone en la epigrafía. El poderoso protectorado que ejercía Roma en los países de Oriente no se extendía ni a los casos intelectuales, ni a los morales, ni a los religiosos. Roma siempre fue neutral en tales materias. No creaba más que el Estado laico, indiferente a lo que no es el orden material.

En algunas ocasiones Antíoco no fue tan cuerdo. Los dioses semíticos eran ricos, y al quitarles sus riquezas, se vengaban. Antíoco, para llenar los huecos de sus tesoros, tuvo la mala idea de saquear un templo de Baal en Elimaida, y la gente del país le mató (187). Se acusó a su hijo y sucesor Seleuco IV, Filopator, de haber querido cometer un atentado de la misma clase contra el templo de Jerusalén por mediación de su ministro Heliodoro. Esto no debe de ser verdad. La libertad religiosa no se violaba aún abiertamente. Los judíos sufrían con paciencia todo lo demás, reparando con su espíritu de orden las injusticias de que eran víctimas y sacando partido de las vejaciones. El pundonor no existía entre ellos. Todo se podía soportar con tal que la oración fuese libre y pudiera elevarse diariamente el incienso ante Jehová.